

**CUERPOS QUE ENVEJECEN.
VULNERABILIDAD, FAMILIAS,
DEPENDENCIA Y CUIDADOS
EN LA ANTIGÜEDAD**

**CUERPOS QUE ENVEJECEN.
VULNERABILIDAD, FAMILIAS,
DEPENDENCIA Y CUIDADOS
EN LA ANTIGÜEDAD**

Carla Rubiera Cancelas
Agnès Garcia-Ventura
Borja Méndez Santiago
(Editores)

Christian Laes
María Secades Fonseca
Nuria Castellano Solé
Luciana Urbano
Daniel Justel
Meritxell Ferrer
Mireia López-Bertran
Aurora Rivera-Hernandez

Nadine Bernard
Margarita Moreno Conde
Jurgen R. Gatt
Aida Fernández Prieto
Borja Méndez Santiago
Sara Casamayor Mancisidor
Carla Rubiera Cancelas
Tatjana Sandon
María Jesús Albarrán Martínez

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970/932720407

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial
Para mayor información, véase www.dykinson.com/quienes_somos

©Copyright by
Los autores
Madrid, 2023

Editorial DYKINSON, S.L.
Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid
Teléfono (+34) 915442846 - (+34) 915442869
e-mail: info@dykinson.com
<http://www.dykinson.es>
<http://www.dykinson.com>

ISBN:
Depósito Legal:

Preimpresión:
New Garamond Diseño y Maquetación, S.L.

MI VEJEZ

Safo

Que a tu boca otorgue éxito,
dones hermosos de las Musas,
niñas, la lira amiga
del canto y melodiosa.
Ya la vejez la piel toda...
de negros han pasado a ser blancos mis cabellos,
las rodillas no me llevan
como las de los cervatos.
Mas ¿qué puedo hacer yo?
No es posible que llegue a suceder.
[Dicen que] la Aurora de rosados brazos,
aun llevando a los confines de la tierra a Titono,
sin embargo lo arrebató...
a la esposa inmortal.
Pero yo amo la vida refinada. Esto también a mí
-el radiante deseo de sol y de belleza-
me lo tiene asignado el destino.

(trad. Aurora Luque; original en *PKÖLN.inv.21351re+21376+POXY.1787*)

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
REVISITANDO LA(S) VEJEZ(CES) EN EL MUNDO ANTIGUO (2003-2023). ¿CATEGORÍA, CARACTERÍSTICA O DISCAPACIDAD?	15
<i>Christian Laes</i>	
LA VEJEZ: UN CONCEPTO ÚTIL PARA EL ANÁLISIS HISTÓRICO	41
<i>María Secades Fonseca</i>	
ENVEJECER EN EGIPTO: ¿QUIÉN NECESITA UN BASTÓN PARA LA VEJEZ?	57
<i>Nuria Castellano Solé</i>	
GÉNERO, JERARQUÍAS Y EDAD. REFLEXIONES DESDE EL ANÁLISIS DE LAS FUENTES PALEOBABILÓNICAS DE MARI (S. XVIII A. N. E. TELL HARIRI, SIRIA)	73
<i>Luciana Urbano</i>	
«OS DEVOLVERÉ EN LA VEJEZ LO QUE HABÉIS HECHO POR MÍ». EL CUIDADO DE LOS PADRES ADOPTIVOS A PARTIR DE LOS CONTRATOS DE ADOPCIÓN SIRO-MESOPOTÁMICOS	87
<i>Daniel Justel</i>	

LA VEJEZ FEMENINA EN EL MUNDO FENICIO-PÚNICO. CONCEPCIONES, REALIDADES Y REPRESENTACIONES.....	103
<i>Meritxell Ferrer, Mireia López-Bertran y Aurora Rivera-Hernández</i>	
¿ENVEJECER EN FAMILIA? EN BUSCA DE LOS ABUELOS EN EL MUNDO GRIEGO	131
<i>Nadine Bernard</i>	
LOS MÚLTIPLES ROSTROS DE LA VEJEZ EN LA CERÁMICA GRIEGA. ALGO MÁS QUE CUERPOS VULNERABLES	149
<i>Margarita Moreno Conde</i>	
GROWING OLD AND BECOMING EPILEPTIC IN <i>ON THE SACRED DISEASE</i>	171
<i>Jurgen R. Gatt</i>	
EL CIUDADANO FRENTE A LA VEJEZ: VULNERABILIDAD Y FORMAS DE «ASISTENCIA PÚBLICA» EN LA ATENAS DEMOCRÁTICA.....	191
<i>Aida Fernández Prieto</i>	
VEJEZ Y DISCAPACIDAD EN LAS VIDAS PARALELAS. UN PRIMER ACERCAMIENTO	209
<i>Borja Méndez Santiago</i>	
ENVEJECER CON DOLOR CRÓNICO EN LA ROMA ANTIGUA: EL CASO DE LA GOTA	227
<i>Sara Casamayor Mancisidor</i>	
VEJEZ Y ESCLAVITUD. TRABAJO, SALUD, PLACER Y MUERTE EN LA LITERATURA ROMANA.....	245
<i>Carla Rubiera Cancelas</i>	
OLDER ROMAN FREEDWOMEN IN THE LIGHT OF THE EPIGRAPHIC EVIDENCE: AN ANALYSIS OF SOCIAL RELATIONS	267
<i>Tatjana Sandon</i>	

ASPECTOS ESENCIALES DE LA VEJEZ EN EL EGIPTO TARDOANTIGUO: CONSIDERACIÓN SOCIAL Y RESPONSABILIDAD FAMILIAR.....	287
<i>María Jesús Albarrán Martínez</i>	
RESEÑAS CURRICULARES	305

VEJEZ Y ESCLAVITUD. TRABAJO, SALUD, PLACER Y MUERTE EN LA LITERATURA ROMANA¹

Carla Rubiera Cancelas

INTRODUCCIÓN

La vejez en la Roma antigua continúa siendo un tema por descubrir, máxime si nos interesamos por los grupos subordinados, marginales u oprimidos. En este sentido, la población esclava de determinada edad se muestra esquiva, sobre todo en la literatura, fuente que concentra la atención de nuestro trabajo. Su mención en los textos es escasa y, además, resulta una tarea compleja acceder a la edad cronológica, puesto que los autores rara vez la señalan, lo que dificulta saber si nos encontramos ante un esclavo infantil, una esclava adulta o una sierva anciana.

En relación a la esclavitud, la publicación de Thomas Wiedemann, «*Servi senes. The Role of Old Slaves at Rome*» (1996), guía este capítulo. Respecto a las fuentes antiguas, el tratado *De Senectute*, firmado por Cicerón, se convierte en un testimonio básico, aunque no es el único; a él se suman otros textos pertenecientes a Varrón, Columela, Marcial, Juvenal, Plutarco, Plinio el Joven o Séneca. Por último, la comparación con la América del Antebellum sirve a modo de paralelo, con el objetivo de reconocer prácticas antiguas en tiempos modernos, en un mismo contexto de explotación esclavista, y que de alguna manera arrojan luz a la Antigüedad.

A pesar del desafío que supone estudiar la vejez esclava, somos capaces de señalar algunos aspectos básicos que deberían considerarse cuando conjugamos la edad propecta y el grupo social, sin olvidar el género.

¹ Este capítulo se inscribe en el marco de los proyectos de investigación: «Maternidades, filiaciones y sentimientos en las sociedades griega y romana de la Antigüedad. Familias alternativas y otras relaciones de parentesco fuera de la norma» [HAR2017-82521-P], coordinado por Rosa María Cid López, y «Vulnerabilidad intrafamiliar y política en el mundo antiguo» [PID2020-116349GB-I00 / AEI / 10.13039/501100011033], dirigido por Susana Reboreda Morillo y Rosa María Cid López.

1. LA VEJEZ Y SU ESTUDIO: ¿DÓNDE ESTÁ LA ESCLAVITUD?

En 1996, Thomas Wiedemann escribe un artículo sobre el rol de la población esclava anciana en la Roma antigua. La reflexión con la que inicia el autor deja patente la ausencia de la vejez como tema de estudio hasta los años noventa. Le resulta llamativo el poco tiempo que los historiadores habían destinado a escribir sobre la edad propecta, el modo en que se cuidaba a la gente mayor o cómo estas personas y su entorno tuvieron que adaptarse una vez llegada la senectud. Junto con la falta de interés, señalaba las escasas menciones en las fuentes primarias (1996, p. 276). Todo ello, decía Wiedemann en atención al ámbito europeo, en un momento en el que se apreciaba el envejecimiento de la población –en concreto él se interesaba por la alemana–; es decir, la realidad del presente no parecía influir en la mirada al pasado². A pesar del tiempo transcurrido, el panorama que describe sigue estando de máxima actualidad, como se deduce de la última publicación de Eurostat, *Ageing Europe – looking at the lives of older people in the EU* (2019). Según este informe, todos los Estados de Europa experimentarán un proceso de envejecimiento, lo que ha motivado una preocupación política en torno a materias como el cambio demográfico, condiciones de vida, salud, cuidados o pensiones. Evidentemente, el contexto actual difiere si lo contraponemos a las sociedades del pasado, pues en ningún momento pretérito las cifras de población anciana alcanzaron ni las de los años noventa del siglo XX, ni las actuales.

A pesar de las ausencias, Thomas Wiedemann destaca una serie de publicaciones relevantes como, por ejemplo, la temprana obra sobre la vejez en Grecia de Bessie Ellen Richardson, *Old Age among the Ancient Greeks* (1933); «Elderly in Classical Antiquity» (1981), escrito por Moses Finley, quien a su vez remite a la obra de Simone de Beauvoir, *La vieillesse* (1970); el texto de George Minois, *Histoire de la Vieillesse* (1987); y el trabajo de Emiel Eyben sobre las actitudes dentro del cristianismo, «Old Age in Greco-Roman Antiquity and Early Christianity: an annotated select bibliography», incluido en la obra editada por Thomas Falkner y Judith de Luce, *Old Age in Greek and Latin Literature* (1989).

Los casos citados evidencian investigaciones puntuales que se concentran en la vejez de forma exclusiva, con mayor o menor profundidad, pero no consiguen situar esta etapa de la vida humana en el centro de los discursos historiográficos; tampoco inciden en la ancianidad esclava. En los años 90, Margaret Pelling y Richard Smith publican *Life, Death and the Elderly*; y Paul Johnson edita junto a Path Thane, *Old Age from Antiquity to Post-modernity* (1998). Precisamente, este volumen incluye un primer capítulo titulado «Ageing in Antiquity», firmado por Tim Parkin, autor de una de las monografías de referencia sobre la vejez en la Roma antigua, *Old Age in the Roman World. A Cultural and Social History* (2003). En el momento en que lo publica, el historiador

² También en los años 90 la «otra edad», la infancia, aunque comenzaba a estar más presente en las publicaciones, era un campo por estudiar, lleno de posibilidades: «Los niños ahora tienen historia, incompleta y a veces confusa, pero en cualquier caso fascinante e importante» (Hawes y Hiner, 1991, p. 1). De todas formas, si comparamos ambos temas de investigación, la niñez ha suscitado mayor interés, que se traduce en un nada desdeñable número de publicaciones.

afirma que ni la historiografía ni los autores antiguos habían prestado mucha atención al tema, con lo cual se posiciona al lado de Thomas Wiedemann en la reivindicación que este último hacía en los años noventa (p. 10). De igual modo, Peter Laslett recuerda en el año 2001 que el estudio de la ancianidad había tenido una posición marginal, a excepción de las investigaciones desarrolladas en la rama de la medicina dedicada al envejecimiento (p. 681).

Inauguramos el siglo XXI con *Gender and Aging in Mesopotamia: The Gilgamesh Epic and other Ancient Literature*, de Rivkah Harris (2000), una aportación que, aunque no concuerda con el contexto sociocultural al que se ciñe este capítulo, merece la pena comentar, puesto que en su análisis combina género y edad³. En el año 2003, Pat Thane firma un artículo titulado «Social Histories of Old Age and Aging», en el que destaca cómo una de las más importantes contribuciones de la Historia Social había sido el hecho de hacerse eco de la diversidad, en atención a la clase y al género, incluyendo la etnicidad, las creencias religiosas, las variedades regionales y, por supuesto, la edad. Es decir, visibilizar la pluralidad de gentes en nuestra mirada al pasado solo es posible si intersectamos distintas categorías e identidades sociales.

A pesar de su tardío arranque, la vejez comienza a estar más presente en las publicaciones del siglo XXI, lo que se aprecia en revistas especializadas como *Journal of Women & Aging*, *International Journal of Ageing and Later Life*, *Journal of Aging Studies* o *Journal of Aging, Humanities and the Arts* (cuyo último volumen se publica en el año 2012). De igual modo, destacaremos la *European Network in Aging Studies* que arranca en 2010, precisamente responsable de la prestigiosa publicación *Aging Studies Series* y *Age, Culture, Humanities. An Interdisciplinary Journal*. También hemos de tener en cuenta los textos de Karen Cokayne (2003), Mary Harlow (2002) y el que esta última publica con Ray Laurence (2015), centrados de forma exclusiva en la sociedad romana, además de la mencionada obra de Tim Parkin (2003). No es posible citar cada una de las publicaciones que han visto la luz recientemente, pero en esta segunda década del siglo XXI, llamamos la atención sobre *Old Age. Approaching Death in Antiquity and the Middle Ages*, de Christian Krötzel y Katriina Mustakallio (2011), un trabajo interdisciplinar que engloba principalmente el mundo grecorromano. En España, en el año 2014, ve la luz *Las edades del hombre. Las etapas de la vida entre griegos y romanos*, con un capítulo final titulado «La vejez en Roma», articulado en torno a dos enfoques: la mirada externa e interna de la edad proveya. En el año 2018, se publica la monografía *Las edades vulnerables. Infancia y Vejez en la Antigüedad*, en la que se reflexiona sobre la senectud en contextos socioculturales muy diversos, de Oriente a Occidente, desde el II milenio a. C. hasta el siglo VII d. C.

La vejez como tema de investigación continúa siendo un desafío, como revela la lectura de este libro. Su estudio puede abordarse desde el punto de vista demográfico;

³ Sobre Próximo Oriente, la obra de Leonard Curchin es un texto de referencia: «Old Age in Sumer: Life Expectancy and Social Status of the Elderly» (1980). Asimismo, remitimos a una publicación más reciente, firmada por Agnès García-Ventura: «Envejecer en la antigua Mesopotamia: esperanza de vida, longevidad y gestión de la dependencia en las fuentes escritas» (2018).

como etapa de la vida (cronológica y biológica); como enfermedad, y aquí entrarían las observaciones médicas; en atención a la dependencia, cuidados y familia; iconografía; ausencias e invisibilidad en las fuentes primarias; diferencias de género y grupo social; sexualidad; emociones y experiencias; en términos de socialización, sociabilidad y relaciones intergeneracionales; cultura material; violencia; trabajo y roles de las personas mayores o representaciones culturales que se mueven entre el respeto y la estigmatización, como demuestra David Muñoz González en el análisis de la figura del viejo en la *Iliada* (2018, pp. 243-244). De cualquiera de los planteamientos afirmamos, siguiendo la estela de Tim Parkin, que la población anciana fue parte integral de la sociedad, no seres aislados (p. 11), todo ello a pesar de las construcciones culturales y de las imágenes negativas que ciertas fuentes ofrecen sobre las personas mayores.

En atención a lo comentado, resulta posible afirmar que, desde el artículo de Moses Finley, quien se mostraba parcialmente pesimista a la hora de penetrar en el silencio que encerraban ciertos aspectos de la ancianidad (1981, p. 170), así como indiferente hacia encontrar explicación a qué ocurría cuando los hijos no podían hacerse cargo de sus padres (1981, p. 168), el interés ha ido en aumento, sobre todo a partir de la entrada del nuevo milenio. A pesar de lo cual, quienes desarrollan esta línea de investigación, con frecuencia lamentan la ausencia de la vejez en las publicaciones, escasez que afecta en mayor medida a determinados grupos (Parkin, 2003, p. 242). Recientemente, se ha publicado la investigación doctoral de Sara Casamayor Mancisidor, *La vejez femenina en la antigua Roma: cuerpos, roles y sentimientos* (2019), en la que la autora explica la falta de interés por las mujeres ancianas:

son varios los motivos que justifican la elección de las *uetulae* como sujetos de una investigación propia. El principal es la necesidad de llenar un vacío en la producción historiográfica e investigar un aspecto del pasado que, tal y como desgranamos en el siguiente capítulo, apenas ha recibido atención por parte del universo académico (2019, p. 15).

Si el estudio de las mujeres mayores añade un grado de dificultad y esto se traduce en un menor número de investigaciones, alcanzar a la población esclava de igual modo se convierte en un gran desafío⁴. Como ejemplo de ello, la escasa bibliografía centrada en exclusiva en este tema. El texto de Thomas Wiedemann es de los pocos, sino el único, que aborda vejez y esclavitud de forma específica en la Roma antigua. Esto no significa que no encontremos reflexiones en torno a cómo el grupo social condiciona la vejez, pero falta el análisis en profundidad. Con todo, se abre un campo de estudio por explorar al que incorporamos algunas reflexiones que podrían constituir un punto de partida.

⁴ Esta ausencia se refleja en la siguiente cita, escrita en relación al texto de 2007, *Age and Ageing in the Roman Empire*, en el que se manifestaba que la vejez había sido ampliamente estudiada: «el que diez años después de su publicación aún no se haya dedicado ninguna monografía a estudiar en profundidad la vejez de las romanas y de la población esclava, entre otros sujetos ancianos, nos hace desestimar esta afirmación» (Casamayor Mancisidor, 2018, pp. 22-23).

2. ENVEJECER EN LA ESCLAVITUD: TRABAJO, SALUD, PLACER Y MUERTE

Tim Parkin concluye que hay dos aproximaciones a la vejez en las fuentes antiguas: como parte integral de la sociedad y como algo que se excluye, realidad que ha sido definida como «paradójica», aunque esa dualidad resulta perfectamente aplicable al estudio del grupo esclavo⁵. Las personas ancianas no fueron nunca un conjunto homogéneo y, para argumentarlo, el historiador no solo se sirve del estatus y del género, sino que incide en las capacidades y habilidades, tanto físicas como mentales (2003, p. 240). Por lo tanto, alcanzar la ancianidad en la esclavitud nos sitúa en un contexto concreto, igualmente plural si tenemos en cuenta el género, pero también las destrezas⁶ que afectarían al desempeño de una vida laboral, e incluso las relaciones personales y familiares, estas últimas fundamentales en términos de cuidados.

Si, como aludíamos antes, género y edad se alían para obstaculizar la investigación, indagar en la esclavitud aumenta la dificultad. Si la vejez es un tema poco frecuente en la literatura antigua, encontrar menciones a población servil vieja no resulta habitual; en primer lugar, porque no abundan las referencias a su edad en la dimensión cronológica⁷. Normalmente, el esclavo se menciona en relación al anciano libre que es el que concentra la atención. En la *Sátira* 10, Juvenal describe de forma concienzuda la transformación del ser humano a medida que envejece:

Es preciso que le griten para que su oreja oiga qué visitante le anuncia el esclavo [...] Pero peor que cualquier pérdida de facultades físicas es la demencia, que ni recuerda los nombres de los esclavos y no reconoce la cara de un amigo con quien cenó la noche pasada, ni tampoco a los que engendró, a los que ha educado (232-236)⁸.

Se crea de esta forma una suerte de ficción, una población esclava atemporal, con una identidad estática, que a primera vista no se ve afectada por la edad, y que se mueve en torno a la población libre envejecida; es decir, aparece como responsable y encargada de su cuidado.

Para explicar esta ausencia, Wiedemann concibe insuficiente el argumento de que la ancianidad no resultaba un tema agradable de tratar (1996, p. 277). No es la edad

⁵ Tomando el título de una publicación de Christian Laes (2011), esto se refleja en la expresión «outsiders within». También Moses Finley insistió en que, a pesar de la dimensión social y los arquetipos negativos recogidos en la literatura en torno a la vejez, las personas ancianas no eran un grupo aislado, sino parte integral de la sociedad (1981, p. 170).

⁶ Las habilidades se verían afectadas por el envejecimiento hasta el punto de tener mayor importancia que la edad cronológica, conclusión a la que se ha llegado también en otros contextos socioculturales de la Antigüedad (García-Ventura, 2018, p. 212).

⁷ En atención al estudio de la vejez se ha considerado, además de la dimensión cronológica, la física, la psicológica y la social (Casamayor Mancisidor, 2018, pp. 44-45).

⁸ *Sed omni membrorum damno maior dementia, quae nece nomina seruorum nec uultum agnoscit amici cum quo praeterita canauit nocte, nec illos quos genuit, quos eduxit.*

per se la que oculta al grupo anciano, sino lo que la acompaña; es decir, sus efectos en las facultades físicas y mentales (dimensión física y psicológica), base sobre la que se construye una estigmatización (dimensión social)⁹. Además, si nos centramos en la población esclava, el menoscabo de sus habilidades no afecta a sus derechos y obligaciones políticas como ciudadanos, oradores o *patres familiarum*, temas que concentran la atención de los literatos¹⁰. Si los ancianos se percibían como individuos intermedios entre el varón y la mujer, en tanto que dependientes y pasivos, propensos a perder el control (Casamayor Mancisidor, 2020, p. 19), quienes en realidad se encuentran en una continua dependencia, los esclavos, «eternos menores», no suscitan el interés de una élite masculina; mucho menos lo harán las mujeres serviles¹¹. Esclavos y esclavas ancianos se sitúan en la antítesis del ciudadano de la élite, principalmente las segundas, y esto también ha de tenerse en cuenta para explicar su escasa visibilidad. Asimismo, la ancianidad, definida como la segunda niñez, devuelve al ser humano a una situación de mayor dependencia¹². Para explicar la exigua aparición de la infancia en la literatura, Maureen Carroll sostiene que siendo esta etapa el tiempo de los cuidados, y no siendo los cuidados tarea prioritaria del perfil de quien escribe (sobre todo en los primeros años de vida), este tema no resultaba de mucho interés y, por lo tanto, no queda reflejado en los escritos (2018, pp. 3-4)¹³. Quizá podamos aplicar la misma lógica para el grupo que llama nuestra atención, pues los literatos no son responsables de las atenciones en la vejez, sino que son sus destinatarios. De igual modo, nos preguntarnos cuántas personas esclavas alcanzaron la senectud, teniendo en cuenta estimaciones como las de Tim Parkin, que calcula que la población anciana, libre y servil, alcanza-

⁹ Esto se observa en el arquetipo de la esclava vieja, caracterizada de forma peyorativa e irrisoria, personaje habitual en la comedia, por ejemplo, en *Mostellaria*, de Plauto. También resultan de interés las máscaras teatrales que representan a esclavas ancianas y que se corresponden con arquetipos: esclava guardiana de la casa, descrita con nariz respingona y pocos dientes y la que se encarga de los trabajos domésticos, de piel blanca, pelo cano y portadora de un tocado de piel de oveja (Casamayor Mancisidor, 2019, p. 108).

¹⁰ Karen Cokayne señala que el envejecimiento –en la literatura– se asocia a la falta de humanidad y dignidad (2003, p. 55). Habida cuenta de que no hay dignidad en la esclavitud, quizá esta pueda ser otra de las explicaciones que debemos considerar como justificación de la ausencia.

¹¹ Como hemos podido estudiar recientemente para las niñas esclavas (Rubiera Cancelas y González Estrada, 2022), la invisibilidad femenina responde a un sesgo de género, con lo cual es transversal a todas las edades. No obstante, hemos de tener en cuenta que quizá detrás de la palabra *serua* o *ancilla* en la literatura pueda encontrarse alguna anciana.

¹² La infancia y la vejez se describen como las edades de la dependencia. Sin embargo, no olvidemos que la existencia humana, en cualquier etapa, necesita de atención. En algunos textos son los autores los que comparan elementos externos que definen ambos momentos de la vida: la falta de dientes (Sen. *Ep.* 12.13) o la nariz humedecida (Iuv. 10.199). También en el *Digesto*, en el comentario al *Edicto de los Ediles*, la carencia de dientes se asocia a la infancia y a la vejez (Paul. *Dig.* 21.1.11).

¹³ Sara Casamayor Mancisidor argumenta que las menciones a la vejez también se justifican por el ciclo vital de quien escribe (2019, p. 33). Es decir, la información disponible sobre esta etapa de la vida está altamente marcada por el perfil de los autores y por su experiencia en la edad propecta (Harlow y Laurence, 2005, p. 117).

ría entre un seis y ocho por ciento en época imperial (2003, p. 50)¹⁴. En cualquier caso, concluimos que la escasez de alusiones responde a una explicación multicausal: no existe una única razón que justifique la ausencia de la vejez esclava en los textos, sino que la confluencia de muchas la convierte en más inaccesible.

Como punto de partida utilizaremos *De Senectute*, escrito por Cicerón cuando contaba con sesenta y dos años. Por supuesto, sobra decir que en esta apología¹⁵ de la ancianidad el autor no está pensado en la población esclava¹⁶. Sin embargo, sus elucubraciones nos permiten adentrarnos en el significado de la edad propecta a ojos de un hombre de la élite, para cotejar sus planteamientos con el grupo servil y reflexionar sobre cómo pudo verse afectada su vida cotidiana por la pérdida de facultades. Aunque la vejez era una etapa de la vida deseable, una vez alcanzada, asomaban los fantasmas de la decrepitud y la pesadumbre de convivir en un ser que era, ahora, un pálido reflejo de lo que había sido antaño. Por esta razón, el envejecimiento inquietaba a quienes tenían la posibilidad de experimentarlo: «Por larga que haya sido la vida, ningún consuelo habría podido suavizar la necia vejez» (Cic. *Sen.* 2.4)¹⁷. A pesar de ello, la senectud es una cita inaplazable, por eso resultaba ridículo oponerse a las leyes de la naturaleza y dar la espalda a esta última etapa de la vida. Estos fueron los pensamientos de Cicerón cuando afrontó su escrito, y que también comparten otros literatos (2.5).

A partir de aquí, el autor se esfuerza en describir la edad propecta y en resaltar la importancia de aceptar con honor y dignidad el paso del tiempo¹⁸. Sin embargo, no hemos de perder de vista que quien escribe y se enfrenta a los envites de la ancianidad no es un simple y humilde ciudadano: es un varón de la élite, cuyas reflexiones parten de encuentros y debates *inter pares* (3.7). De hecho, en un determinado momento Catón, figura retórica de la que se sirve Cicerón, admite que los recursos, las riquezas y la dignidad política marcan una importante diferencia. Por la misma razón, Ovidio maldice a la alcahueta diciendo: «¡Que los dioses te priven de todo hogar, y te den una vejez sin recursos, largos inviernos y eterna sed!» (*Am.* 1.8.113-114)¹⁹. Tanto para los autores antiguos, como

¹⁴ Adentrarnos en el grupo esclavo, implica también comprender que muchas personas no llegarían a la ancianidad debido a las duras condiciones de vida de algunos de los trabajos desarrollados, como señala Moses Finley utilizando como ejemplo la minería o gladiatura (1981, p. 167). No olvidemos tampoco a quienes alcanzan la vejez una vez han sido manumitidos.

¹⁵ Cicerón, al igual que otros de los autores de los que nos serviremos en este capítulo, perpetúa una dicotomía literaria en torno a la edad: por un lado, muestra una actitud positiva, casi consolatoria; por otro, se enfrenta a la realidad de cuerpos debilitados y mentes fuera de sus cabales (Parkin, 1998, pp. 31-32).

¹⁶ En una readaptación de la masculinidad hegemónica, Cicerón describe la figura del anciano emancipado, respetado y dotado de *potestas* y gobierno. Una vejez que pocos podían permitirse (Casa-mayor Mancisidor, 2020, p. 26).

¹⁷ *Praeterita enim aetas quamvis longa cum effluxisset, nulla consolatio permulcere posset stultam senectutem.*

¹⁸ No olvidemos aquellos aspectos que suelen ensalzar los autores como positivos: experiencia, mayor conocimiento, contactos sociales, etc. (Parkin, 2003, p. 242).

¹⁹ *di tibi dent nullosque Lares inopemque senectam, et longas hiemes perpetuamque sitim!*

para la historiografía moderna, no pasa desapercibido el hecho de que los recursos humanos y materiales dignifican y mejoran la vida en la ancianidad (Finley, 1981, p. 158; Cokayne, 2003, p. 108; Casamayor Mancisidor, 2018, p. 292).

¿Qué cambia, entonces, con la llegada de la senectud? ¿Cuáles son los reproches a la población anciana? Son cuatro las consignas que se recogen en el tratado ciceroniano. Las dos primeras están íntimamente relacionadas: la vejez te aparta de la gestión de los negocios y, además, debilita la salud. Si vinculamos ambas premisas con la esclavitud, irremediadamente nos encontramos en el espacio del trabajo, ámbito que nos interesa, puesto que, aunque no toda la población esclava tuvo como destino una vida laboral, sí al menos una amplia mayoría. Por lo tanto, el envejecimiento, físico y psicológico, afectaba a su capacidad productiva²⁰. Precisamente, este es uno de los aspectos sobre el que Thomas Wiedemann muestra mayor interés. Para el historiador alemán, la llegada de la edad proecta desplazaba a la población esclava del trabajo cotidiano, sobre todo si este implicaba cierta responsabilidad (1996, p. 286). No olvidamos que esclavos y esclavas comenzarían su andadura laboral a edades muy tempranas, como deducimos del *Digesto*, entre otras fuentes. En concreto, leemos: «si el esclavo fuera menor de cinco años o de débil complexión, u otro cualquiera, cuyo trabajo no pudo ser de gran utilidad para el señor, no se hará estimación alguna» (Ulp. *Dig.* 7.7.6.)²¹. Además de la cita a la corta edad, no pasa desapercibida la referencia a la «débil complexión», que puede definir un cuerpo infantil, pero también uno anciano y, en cualquier caso, afecta a la capacidad productiva y a la utilidad para el propietario. A la luz del testimonio, y de las últimas investigaciones, se sostiene que alcanzarían su máxima cuota de productividad, utilizando una expresión muy actual, en una edad próxima a la juventud y a partir de ese momento descendería. Esta «depreciación» se observa en el *Edicto de Precios* de Diocleciano, que marca el valor máximo de la población esclava en atención a la edad y al sexo: los precios mínimos se estipulan para mayores de sesenta²² y menores de ocho años, en el caso de ancianas y niñas el valor es más bajo (Harper, 2011, p. 62)²³.

A pesar de que la edad es un elemento poco visible en la literatura, en algunos casos los autores se acercan a perfilar la dimensión cronológica cuando se refieren a determinados trabajos²⁴. Por ejemplo, para Columela el *uilicus* ha de haber pasado la primera

²⁰ Un recorrido por la literatura romana sobre la vejez y el deterioro físico y mental en Casamayor Mancisidor (2018, pp. 278-283).

²¹ *Si minor quinque anni uel debilis seruius sit, uel quis alius, cuius nulla opera ese apud dominum potuit, nulla aestimatio fiet.*

²² La referencia a los sesenta años la encontramos en Varrón, quien a partir de esa edad define a la persona como *senex*. Diógenes Laercio o Isidoro de Sevilla, entre otros, proponen matices en la división cronológica de la vida humana, como se recoge en Harlow y Laurence, 2015, p. 27.

²³ Apreciamos un sesgo de género claro que también puede rastrearse en lo literario. En la construcción del género femenino va implícita la minusvaloración, independientemente de la edad, que en un fragmento de la *Historia Natural* lleva a Plinio a despreciar el trabajo de los sujetos infantiles y de las mujeres ancianas (Plin. *Nat.* 13.132).

²⁴ En términos cronológicos, la edad en la que un hombre, o una mujer, se considera viejo puede variar, abriéndose un amplio abanico que difiere en atención a los autores (Parkin, 1998, p. 21). En el

juventud, sin haber llegado a la vejez, puesto que los esclavos mayores no hacen caso a los excesivamente jóvenes (1.8.3). Deberá demostrar fortaleza, patente en la mediana edad, y basta con que tenga buena memoria, algo deseable también para la *uilica*. Igualmente, Varrón señala que los que deben asumir puestos de autoridad, necesariamente tienen que encontrarse en la mediana edad y poseer cierta ilustración (*R.R.* 1.17.4). Así, se justifica el descarte de la población anciana²⁵, puesto que la robustez y la capacidad retentiva aminoran a medida que pasa el tiempo (*Iuv.* 10.232-236), como escribe Séneca al recurrir a la figura de un nomenclátor decrepito, incapaz de recordar acertadamente un nombre (*Ep.* 3.27.5)²⁶. Si bien la vejez no altera las relaciones de poder respecto al propietario ante el que siempre se somete la población esclava, sí lo hacía dentro de este grupo; por ello, también contribuye a alejar de puestos de responsabilidad a personas ancianas si no eran capaces de mantener el mando²⁷, íntimamente ligado con el vigor corporal, las facultades mentales y la autonomía.

Si consideramos la dimensión física, habida cuenta de que las fuerzas flaquean en la vejez, podría esperarse que esas personas fuesen sustituidas o al menos «recolocadas» para desarrollar tareas más livianas²⁸. En este sentido Wiedemann recuerda que el trabajo de portero sería adecuado para un esclavo anciano (1996, p. 288), y para ello se sirve del texto de Séneca: «quién es ese de ahí, ese decrepito, destinado con razón a hacer de portero?» (*Ep.* 1.12.1)²⁹. Este escenario podría contemplarse siempre y cuando hubiese una casa que guardar³⁰. No obstante, el ejemplo tiene cierto interés pues, para construir su metáfora, Séneca se sirve de la descripción de un esclavo favorito, hijo del *uilicus*, uno de

contexto esclavo, quizá la ancianidad se hace presente para los propietarios y propietarias en el momento en el que la población servil no cumple con sus expectativas debido al proceso de envejecimiento.

²⁵ El elevado número de obligaciones, tanto del *uilicus* como de la *uilica*, es razón suficiente para que comprendamos la necesidad de que personas capaces detenten este cargo (*Cat. Agri.* 7; 151).

²⁶ En cualquier caso, el buen esclavo, tal y como lo define Gayo en el comentario al *Edicto de los Ediles*, debe ser «constante, o laborioso, o diligente, o vigilante, o que con su frugalidad adquiría peculio» (*Gai. Dig.* 21.1.18). La adaptación en la vida cotidiana permitiría a la población esclava de alguna manera continuar siendo útil. Téngase también en cuenta que esta idea de reubicación no solo es aplicable en la esclavitud, sino también para la población liberta o incluso a los libres de nacimiento, puesto que la mayor parte de las personas seguirían contribuyendo al sostén de su familia hasta el final de su vida, en tiempos en los que no existían pensiones de jubilación (Harlow, 2005, p. 117).

²⁷ En este punto, nos gustaría proponer una diferencia en atención al género, puesto que el mando y la autoridad se consideran como masculinas y, por lo tanto, perderlo pudo afectar de forma diferente a esclavos y esclavas.

²⁸ Para escuchar las quejas de una anciana mayor ante el peso de lo que portaba, debemos dirigirnos al género de la comedia, en concreto al *Mercader* de Plauto (670-675). En el Antebellum, se utilizaban tres estrategias para lidiar con personas ancianas: venta, manumisión y reubicación laboral. De hecho, quienes buscaban acomodo para los viejos esclavos eran definidos como «buenos amos» (Doddington, 2018, p. 297). En las plantaciones, cuya gestión para un máximo beneficio ha quedado registrada del mismo modo que los agrónomos latinos se refieren a las *uillae*, existía un amplio rango de trabajos que no implicaban la salida al campo (Boster, 2011).

²⁹ *‘quis est iste?’ inquam ‘iste decrepitus et merito ad ostium admotus?’*

³⁰ Cualquiera de los escenarios que podamos imaginar dependería de los contextos concretos. Ocurre lo mismo con la reubicación de las personas esclavas; esto puede hacerse siempre y cuando exis-

los que jugaban con él cuando era niño, aunque a primera vista, y en esta etapa de la vida, ya no lo reconoce. De todas formas, recuerda a esos hombres y mujeres «no ordinarios» o «privilegiados», cuya relación personal con el propietario pudo facilitar su reubicación en un trabajo *ad hoc*³¹. Igualmente, Juvenal describe a una esclava anciana que había sido «liberada» de la aguja, colocada en un cargo de mayor autoridad, lo que le permite, además, expresarse antes que otras personas (Iuv. 6. 497-501). En términos femeninos, un trabajo que podrían continuar desempeñando, incluso en la vejez, sería el de cuidadora o niñera, dedicación laboral que se registra no solo en la literatura (Rubiera Cancelas, 2019; Casamayor Mancisidor, 2019, p. 201)³². Esta práctica se atestigua en otros momentos históricos, en los que las esclavas mayores se responsabilizaban de la vigilancia de los más jóvenes, un trabajo que requería de esfuerzo, debido al elevado número de niños que podían encontrarse bajo su cuidado: «it is not a small task for two or three of these females, themselves in a second infancy, to rock the cradles and attend to the wants of twenty or thirty young children»³³ (Boster, 2011).

También en el ámbito rústico, Varrón describe a los responsables de guiar a los ganados por el monte: hombres jóvenes y vigorosos (R.R. 2.10.1). Descarta a niños y niñas a los que reserva para el ganado estabulado en la finca (R.R. 2.10.2; 3.17.6). A la cabeza de los pastores que conducen a los animales fuera de la explotación, se encuentra un *magister pecoris* que «no debe ser tan viejo que no pueda resistir las fatigas del trabajo. Porque los ancianos, lo mismo que los niños, no pueden caminar por los senderos difíciles, ni sufrir las asperezas de las montañas elevadas» (2.10.3)³⁴. La capacidad física descarta a los longevos para ejercer como pastores, puesto que deben ser robustos, ligeros, rápidos, capaces de empujar a los rebaños y de defenderlos frente a fieras y bandidos. Esta misma exigencia se aplica a las féminas que los acompañan supuestamente con fines reproductivos, pues también ellas han de seguir a los animales: «estas mujeres han de ser fuertes, sin ser deformes, y tan capaces para el trabajo como los varones» (2.10.6)³⁵. Así, tanto la infancia como la senectud, debido a la *infirmitas*, propician la adaptación del trabajo³⁶ y la búsqueda de uno apropiado, teniendo en cuenta las habilidades o la fortaleza, como

tan otras que puedan sustituirlas, o existan trabajos menos exigentes, bien desde el punto de vista físico o mental.

³¹ De nuevo, en el contexto del Antebellum, los propietarios reubicaron a esclavos de confianza independientemente de su edad o discapacidad (Boster, 2011).

³² Precisamente, se ha concluido que el trabajo de nodriza o niñera permitiría a estas mujeres establecer lazos personales a largo plazo, realidad que encontraría su refrendo, además de en lo literario, en los testimonios epigráficos (Joshel, 1986; Bradley, 1992; Crespo Ortiz de Zarate, 2002). Ver cita al final en la bibliografía.

³³ Obsérvese el recurrente paralelo de la infancia y la vejez, sobrepasando la cronología de la Antigüedad.

³⁴ *Ita tamen oportet aetate praestare, ut ne propter senectutem minus sustinere possit labores. Neque enim senes neque pueri callium difficultatem ac montium arduitatem atque asperitatem facile ferunt.*

³⁵ *Sed eas mulieres esse oportet firmas, non turpes, quae in opere multis regionibus non cedunt uiris.*

³⁶ Varrón les encomienda controlar el ganado que está en la finca y darle de comer, tarea que puede hacer un niño y «hasta una niña» (Varr. R.R. 3.17.6; 2.10.2).

señala Tim Parkin, lo que no significa renunciar a su contribución económica³⁷. Como ejemplo de ello, encontramos un paralelo en las plantaciones americanas del sur del siglo XIX, que catalogaban a la población esclava utilizando como criterio la productividad y la medida «hand». Distinguían, por lo tanto, entre «full hand» y «half and three-quarter hand». En este último grupo se encontraban personas ancianas (entre cincuenta y sesenta años), con algún tipo de discapacidad, esclavas embarazadas y sujetos infantiles, a los que se asignaban tareas menos extenuantes. Boster (2011) inicia su escrito recordando a Old Stephen, responsable de rastrillar, a Old Betty, niñera y partera, y a otros grupos de «useless» que, sin embargo, son anotados en los inventarios junto con las tareas y actividades de las que se responsabilizaban.

Otra fuente, en este caso jurídica, muestra hasta qué punto la edad, en su dimensión física y psicológica, condiciona la vida laboral y devalúa a la población esclava (Laes, 2017, p. 14). En concreto, nos referimos a la normativa que versa sobre la compraventa, y que da cierto protagonismo a este grupo «sin voz». Con la promulgación del *Edicto de los Ediles*, se buscaba poner coto a las falacias, así como suministrar protección a la parte compradora (Ulp. *Dig.* 21.1.1). Se perseguían las acciones fraudulentas o engaños y, para ello, como recuerda Séneca, se desnudaban los cuerpos en las ventas (*Sen. Ep.* 9.80.9), pues los estragos de la enfermedad y la vejez quedaban en evidencia, sin importar en ningún caso la situación de vulnerabilidad del humano expuesto. En la América del Antebellum, los vendedores se servían de distintas estrategias para dar lustre a los esclavos envejecidos, por ejemplo, echarles aceite, afeitarlos o peinarlos (Williamson, 2015, p. 63). Quizá este tipo de acciones, o parecidas, eran comunes en la Roma antigua, como se deduce del comentario de Ulpiano, que explica que los compradores pueden ser engañados por ignorancia o por astucia del vendedor (Ulp. *Dig.* 21.1.2)³⁸. Por esta causa, se exigía información sobre el origen de las personas en venta (Ulp. *Dig.* 21.1.31.21) y su edad. Por ejemplo, si se ofrecía una esclava fértil o menor de cincuenta años y esto no era cierto o se ignoraba en el momento de su adquisición, se obligaba al vendedor por la acción de compra (*Dig.* 19.1.21 [22])³⁹. La docu-

³⁷ Recordemos que nuestro punto de partida es que la población anciana es parte integral de la sociedad.

³⁸ Por ejemplo, Ulpiano recuerda que se aplicará el *Edicto de los Ediles* cuando se venda un esclavo *ueterator*, esto es: «An experienced slave» (Oxford Dictionary; Ven. *Dig.* 21.65.2) por uno «nuevo». La diferencia radicaba en que el primero era menos dócil y más difícil de reformar o acomodar a los intereses propios (*Dig.* 21.1. 37). El mismo jurisconsulto explica cómo «los vendedores de esclavos saben que fácilmente se acude a la compra de novicios, por eso mezclan con ellos los antiguos, y los venden por novicios» (*Dig.* 21.1.37). También Séneca se refiere a los tratantes de esclavos que disimulan con postizos los defectos corporales (*Ep.* 9.80.9).

³⁹ *Si sterilis ancilla sit, cuius partus uenit, uel maior annis quinquaginta, quum id emtor ignoraueit, ex emto tenetur uenditor*. Al igual que en otros momentos históricos, el fin de la etapa fértil se convierte en un indicador del envejecimiento de las esclavas (Williamson, 2015, p. 59). Así, leemos: «Que de igual manera entre los humanos la esterilidad se reconoce finalmente en la vejez, no cuando la mujer deja de parir trillizos o gemelos, sino cuando no tiene posibilidad de concebir y dar a luz, es así como, pasado el tiempo de la juventud, por más que quede aún larga vida, ya no se recupera la fertilidad que se le niega a esa edad» (Col. 2.1.3). No obstante, en la literatura no existe una posición unánime sobre la edad en que se produce la menopausia. Plinio el Joven la sitúa entre los cuarenta y cincuenta,

mentación que generaba la venta de la población esclava, al menos la preservada, también muestra la edad, aunque a veces con la inexacta fórmula *plus minus* (CIL 3, 936, 6, siglo II d. C.)⁴⁰. Asimismo, en el censo se anotan los años de la población esclava, relevantes a efecto de pago del tributo, además de señalarse el oficio (Ulp. *Dig.* 50.15.4.5). Gracias a esta práctica, sabemos que en el año 188 d. C., en Egipto, *Isidora* poseía a *Philomene*, de 45 años, junto con sus hijos *Dioskoros* y *Athenarion*, de 8 y 4 años, respectivamente; a *Elephantine*, de 20 años, con su descendencia, *Eudaimonis* de 5 años e *Isarous* de 1, y a *Hammonarion* de 42 años, *Helena*, de 68 y *Herakleia* de 38, estas dos últimas, una de ellas sexagenaria, en paradero desconocido (*P. Berl. Leihg.* 15, Llewelyn, 1998, p. 38).

Si retornamos al texto de Cicerón, la tercera consecuencia que llega con la vejez es la privación de los placeres, si bien es cierto que en algunos textos ancianos y ancianas encuentran en sus villas de recreo lugares en los que disfrutar de forma tranquila (Hor. *Carm.* 2.4.5 y Tac. *Ann.* 4.41.2). Difícilmente podemos asociar esta premisa con la población esclava, quien no es vista como sujeto que se deleita, sino como objeto con el que deleitarse. No obstante, la inversión de la perspectiva sí nos permite llegar a algunas conclusiones. Como sabemos, no solo se buscaba en la población esclava la aptitud para el trabajo; a veces era una cuestión meramente física, de exhibición y exotismo. Juvenal nos recuerda que solo en la juventud se aprecia la belleza y la fortaleza; en la vejez todo tiembla (10.190-199). También Plinio el Joven declara que la belleza acompaña a la juventud, y esta declina a la vez que se envejece (*Ep.* 19.6.4). Así, una esclava se lamenta sobre cómo la edad fue la que puso límites a «ser amada», una vez que el cabello cano asomó (Plaut. *Mostell.* 200-203). También Tibulo se refiere a quien, vencida por la vejez y sin recursos⁴¹, es observada por Venus, que le recuerda no haber sido fiel en su juventud (6.80-85). Por lo tanto, el envejecimiento para las esclavas significaba no solo la pérdida de la capacidad de engendrar nueva prole, sino dejar de ser objeto de deseo; dos realidades sobre las que el orden patriarcal insiste, teniendo en cuenta el papel del género femenino (Casamayor Mancisidor, 2016, p. 2).

Ahora bien, en términos de atracción, el desinterés por la senectud resulta evidente si comparamos sus escasas menciones frente a la información disponible centrada en la población joven, que se traduce en la aparición en la literatura, sobre todo en la poesía, de los *pueri meritori*, *deliciae* y *pueri delicati* (Laes, 2010). Estos son descritos en atención a su belleza pueril: cuerpos sin madurar, sin vello, pelo largo y mejillas sonrosadas (Stat. *Silu.* 2.1.72-75; Iuv. 6.3.373a-b), y a su uso para el deleite sexual, aunque no exclusivamente, de

mientras que Sorano, aunque no en total desacuerdo, matiza que en algunos casos se produce a los sesenta. Más menciones a fuentes en Harlow y Laurence, 2005, pp. 127-128.

⁴⁰ El número de años, aunque fuesen aproximados, servía para identificar a las personas; por esta razón, los encontramos en los anuncios de población esclava huida, que nos recuerdan a los *rewards for runaway slaves* de la América del Antebellum. Así, conocemos a Artemidoro, Isidoro y Martilla, de 26, 22 y 38 años respectivamente (151 d. C.), recogidos en *P. Harr.* 1.62. Quizá esto nos sirva para explicar por qué Augusto, según Suetonio, examina a la población libre y esclava que acompañará a su hija, tomando nota de la edad, la estatura y las cicatrices (Suet. *Aug.* 65).

⁴¹ De nuevo, la vejez sin recursos se presenta como el peor de los escenarios.

propietarios y personas libres, y que la historiografía define hoy como ejemplo de abuso en el pasado (Roth, 2021). En consideración a estas referencias, concluimos que la población anciana carecía de interés como objeto de observación, «musa» de los poetas y, por lo tanto, se la desecha, a priori, como compañera sexual⁴²; otra razón que explica su invisibilidad en los textos. La dimensión física del cuerpo servil tiene una trascendencia social, que en el campo de la sexualidad lo margina y oculta a los ojos de los varones que escriben.

Por último, el cuarto elemento que llega con la vejez es la muerte, y esta «parece que atormenta y angustia a nuestra edad» (Cic. *Sen.* 66). Se presenta como una cita ineludible para personas ricas y pobres, libres y serviles, aunque está más presente para quienes experimentan mayor inseguridad y vulnerabilidad en sus vidas, y no disponen de tantos recursos materiales y humanos. Los pies del esclavo al que se refiere Séneca miran hacia fuera, expresión que denota su avanzada edad, todo ello a pesar de que, como recuerda el filósofo, la muerte no llega según el censo (*Ep.* 1.12.4).

3. LOS CUIDADOS DE LAS PERSONAS ESCLAVAS: ENTRE LA MORAL, LOS AFECTOS Y EL PRAGMATISMO

La edad se convierte en dueña y señora, y esclaviza a las personas (*Sen. Ep.* 5.47.12), somete y domina a todos los seres humanos. El cuerpo anciano, en su dimensión física y psicológica, se describe en la literatura: con el pasar de los años las fuerzas flaquean, aparecen las limitaciones en la movilidad y la pérdida de agilidad mental. En suma, un proceso degenerativo que crea una dependencia. Este envejecimiento viene a añadirse a un cuerpo «castigado»: el esclavo. Una lectura atenta a los textos demuestra la modificación corporal fruto de la violencia consciente y punitiva⁴³, los accidentes y el duro día que carga de cicatrices y lesiones, a veces poco perceptibles (Bond, Gellar-Goad, 2017, p. 222), y que, en el caso de las mujeres, se suman a los partos de quienes reproducen biológicamente la esclavitud. Un cuerpo, por otro lado, que desde la escritura de las primeras normas conservadas para la Roma antigua, en el siglo V a. C., vale la mitad que el de una persona libre (8.3).

La pregunta que nos formulamos en este momento es la de quiénes son los responsables de asistir a estas gentes serviles. Por definición, la población esclava no es el objeto de los cuidados; todo lo contrario, atiende y se encarga de las personas dependientes. Así queda de manifiesto cuando Plinio visita a Corelio Rufo, cónsul en el año 78, a quien se le había agravado la gota con la llegada de la vejez. En un último encuen-

⁴² La vejez, en términos de sexualidad, oculta a esclavos y esclavas. No obstante, se ha percibido un sesgo de género en un análisis que incluye a toda la población, no exclusivamente servil, pues en comparación con los varones, los comentarios a la sexualidad de las mujeres ancianas resultan más escasos. Los autores las insultan, desprecian y caricaturizan: son presentadas como mujeres que han perdido el atractivo y, por lo tanto, no son dignas de ser amadas (Casamayor Mancisidor, 2016, p. 6).

⁴³ Un ejemplo claro sobre cómo la violencia crea una huella física que repercute en la calidad de vida, lo encontramos en el diálogo que mantiene la esclava Estáfila con su dueño, quien recuerda que la golpea para que lleve una mala vejez, pues es lo único que merece (Plaut. *Aul.* 40-45).

tro, recuerda el autor que en la habitación se encontraban algunos esclavos y su mujer, Híspula⁴⁴, responsables de su atención; todos ellos salían del cubículo cuando entraba un amigo íntimo (*Ep.* 1.12-6.7). También Luciano escribe sobre un viejo invidente que debía ser acompañado por sus esclavos a todas partes (*Dial. Mort.* 6). Superada la literatura, citamos un testimonio único, en el que asoma una mujer, Bárbara, definida como *nutricula senectutis* (*CIL* 5, 8902, Como, *Regio XI*). Aparece nombrada solo con el *cognomen*, sin indicación al estatus legal; es decir, su categoría es incierta, lo que nos conduce a proponer que quizá se trate de una esclava. Interpretamos la palabra *nutricula*, acompañada por *senectutis*, como una mujer encargada de los cuidados de una persona anciana.

Llegado este punto, parece pertinente mencionar la *pietas*, en este caso *erga parentes*, que genera una obligación respecto a la atención de los familiares (Cokayne, 2003, p. 178). Sin embargo, una de las distinciones en la relación entre el *paterfamilias*, su descendencia legítima y la población servil se sostiene en la inexistencia de esa reciprocidad/ obligación respecto a los segundos (Laes, 2005, p. 82), con lo cual ese «compromiso» no resultaba en ningún modo vinculante. Por esta razón, más allá de lo ideológico y normativo, las relaciones con la familia propietaria son un elemento primordial que hubo de generar situaciones bien distintas, no solo durante la esclavitud, sino una vez conseguida la libertad, como ocurre con la nodriza de Plinio el Joven⁴⁵; de nuevo, son los lazos personales los que marcan la diferencia (Cokayne, 2003, p. 171)⁴⁶. Superada la relación con el propietario, si una de las justificaciones de tener descendencia era la del cuidado en la vejez (Parkin, 2003, p. 206), la propia caracterización de la familia esclava rompe la dinámica de este objetivo, ya que los *uernae* llegan para aumentar el patrimonio del *dominus*, no para cuidar a sus padres en la ancianidad, aunque esto pudiese llegar a suceder. En cualquier caso, las relaciones personales alcanzan aquí un gran significado, puesto que quizá una población servil socializada en la cultura romana, sobre todo quienes habían nacido en ella, se encontrase fuertemente imbuida de ese concepto de la *pietas*⁴⁷.

⁴⁴ El rol de cuidadora, como parte de las actividades de mantenimiento, tiene un sesgo de género evidente. Otro ejemplo de una esposa que cuida a su marido lo encontramos en Plin. *Ep.* 8.18.

⁴⁵ Tim Parkin se muestra escéptico y considera que la generosidad de Plinio no sería la normal (2003, p. 220). Aun así, el caso de Plinio no parece único, como podemos leer en el *Digesto*, en el que una propietaria añadió a su testamento, mediante codicilo, una disposición para que se permitiese pasar la vejez –hasta su muerte– a tres libertos suyos en el espacio en el que vivían (*Scev. Dig.* 33.2.33.2). En concreto, los caracteriza como *senes et infirmos*, con lo que vemos cómo la edad propecta, una vez más, se asocia a la enfermedad o debilidad.

⁴⁶ La relación con el propietario o propietaria se convierte en un elemento diferenciador, que para el caso de las mujeres serviles ha podido investigarse precisamente gracias a quienes ejercieron de nodrizas para la familia (Joshel, 1986; Bradley, 1992; Rubiera Cancelas, 2019.)

⁴⁷ Tengamos en cuenta que *pius/a in suis*, *pia*, *pius*, *piissima*, *piissimus*, si los encontramos en la epigrafía funeraria para definir a la población esclava como virtuosa en el ejercicio de las obligaciones morales para con sus familiares (Tantimonaco, 2018, p. 845). Igualmente, han de tenerse en cuenta todas las relaciones y terminología familiar que aparecen en la epigrafía, sin ser la familia servil legítima en términos jurídicos.

No quisiéramos desaprovechar la oportunidad de mencionar la solidaridad que apreciamos en otros momentos históricos, en los que además las figuras ancianas llegan a alcanzar para la comunidad esclava una posición relevante en el cuidado de los más jóvenes; es decir, se convierten en fundamentales en términos de sociabilidad y socialización (Doddington, 2018, p. 291). Sin embargo, rastrear estas dinámicas sociales en los textos antiguos para comprender cómo afecta el envejecimiento a la identidad servil, así como el lugar que ocupan en su comunidad, resulta imposible⁴⁸. Apenas podemos indagar en las relaciones intergeneracionales entre estos ancianos y su descendencia y, para ello, hemos de recurrir a inscripciones epigráficas como la siguiente, en la que una mujer de nombre Onésime, de estatus incierto, se despide de Silvana, esclava, a la que define como *nepticula*, término que traducimos aquí por nieta:

D(is) M(anibus) / Silvana P(ubli) Mum(mi) / Sis(ennae) ser(va) vix(it) an(nis) / XII.
Onsime (:Onesimae) nipticle (:nepticulae) dulci/sim(a)e fecit / H(ic) s(ita) e(st).

A *Epig.* 1980, 201 (3), *Brundisium*, siglo II⁴⁹

Las escasas menciones que encontramos en la literatura al cuidado de la población enferma y anciana responden a dos principios: el pragmatismo y la moral. Ambos rigen el comportamiento de los propietarios. En términos prácticos, se recomienda deshacerse de la población esclava de mayor edad, acción que se lleva a cabo tanto en el espacio urbano como en el rústico. Así, Catón se refiere a la venta de ovejas destetadas, pieles, instrumentos viejos y esclavos –entendemos que también esclavas– ancianos y enfermos (1. (3).7). El tratado de este autor constituye un manual para gestionar una villa de mediano y gran tamaño, y sus recomendaciones se presentan como la forma modélica y más beneficiosa de administrar una propiedad rústica, sin entrar en realidades concretas. En este contexto, podemos concluir, siguiendo lo comentado en el apartado anterior, que la población esclava anciana era menos productiva y necesitaba de mayores cuidados o, incluso, de tiempos de descanso más prolongados. Llegado este punto es necesario, sin embargo, hacer una acotación, ya que la infancia también implica cuidados y ritmos distintos, pero

⁴⁸ En este punto, incorporar el género a la reflexión podría permitirnos percibir las diferencias entre la pérdida de cierto poder y su significado para un esclavo o para una esclava, habida cuenta de que en el último caso nos encontramos ante una fémina que, aunque haya podido disfrutar de autoridad debido a su trabajo, véase la *uilica*, socialmente -en atención al género y al grupo social- siempre se encuentra supeditada.

⁴⁹ A pesar de que no abundan las menciones a nietas en la epigrafía, contamos con otro caso en la ciudad de Roma, en la que Secunda, una esclava de diecinueve años y ocho meses es recordada como nieta (*neptis*) de Rufina (*CIL* 6, 33784, s. II d. C.). Sumamente interesante es el epitafio de Fausto, esclavo imperial, quien habría vivido en torno a cien años, y que es recordado junto a Reducta, *pia neptis*, de apenas un año y tres meses (*CIL* 8, 24747, Cartago). En ambos casos, traducimos *neptis* como nieta, aunque esta palabra tiene una doble acepción: «a grand-daughter, a female descendant» (*Oxford Latin Dictionary*). Sirvan estos dos ejemplos para futuras líneas de trabajo centradas en las inscripciones funerarias, que no solo permitirían constatar la existencia de población servil de elevada edad, como ocurre con el esclavo imperial de Cartago, lo que resultaría interesante desde el punto de vista de la demografía, sino también rastrear la existencia de relaciones intergeneracionales.

en ese caso se «apuesta» por un ser que es necesario desde el punto de vista económico, social y demográfico⁵⁰.

En cualquier caso, resulta llamativa la venta de estas personas, puesto que se entiende que la edad disminuía su precio –aunque también se tendrían en cuenta las habilidades y la especialización–, con lo cual, la pregunta es quién compraría a un esclavo o esclava de este tipo. Precisamente, en una de las cartas de Cicerón se comenta que la venta de un «lote de esclavos viejos» no generaría mucho beneficio (Cic. *Fam.* 7. 29)⁵¹; de igual modo, en las *Báquides* de Plauto se menciona la venta de «viejos a precio de saldo» (976). También Marcial se mofa de un individuo obsesionado con el dinero, a quien recomienda venderlo todo, incluidos los esclavos viejos, proceder que en atención al epigrama no hace sino demostrar lo poco que se obtenía por ellos: eran un último recurso, el de los desesperados (11.70.9). Aun así, tenemos noticias sobre la venta de personas ancianas gracias a las críticas de algunos autores; y es aquí donde la moral entra en escena. En la *Vida de Catón el Viejo*, escribe Plutarco que la venta de esclavos empleados hasta la vejez resulta excesivamente dura, mientras que otros opinaban que se trataba de una actuación mezquina (Plu. *Cat. Ma* 5.2). Alusiones como las que acabamos de citar, en palabras de Thomas Wiedemann, nos sitúan en una encrucijada: conjugar la filosofía griega humanitaria frente al pragmatismo romano.

Debido a que las esclavas y esclavos ancianos no resultaban económicamente rentables, las familias propietarias, al menos las de la ciudad de Roma, optaron por entregarlos a la divinidad, junto con quienes estaban enfermos –no olvidemos que enfermedad y envejecimiento van, en muchos casos, de la mano–. Este modo de proceder se aleja por completo de los comportamientos derivados de la *pietas*, lo que sirve como argumento para sostener que ese compromiso no funcionaba entre la familia propietaria y sus esclavos o esclavas. En este caso, el pragmatismo se acopla a una práctica religiosa. A consecuencia del abandono de las gentes serviles enfermas en el templo de Esculapio, el emperador Claudio intervino promulgando un edicto que recordaba la obligatoriedad de la familia propietaria de hacerse cargo de esclavos y esclavas⁵². Allí se exponían maltruchos, débiles y enfermos, porque a algunas personas les hartaba y repugnaba asistirlos (D.C. 60 (61), Suet. *Claud.* 25; Mod. *Dig.* 40.8.20)⁵³. Tanto Dion Casio como Suetonio se

⁵⁰ Ejemplo de lo rentable que resultaba amamantar un bebé, incluso pagando un alquiler por ello, son los contratos de nodrizas en los que aparecen criaturas recogidas en las calles, con el objetivo de convertirlos en esclavas, y que se entregan a amas de cría. Ver casos en Masciadri y Montevecchi (1984).

⁵¹ No obstante, su venta podía proporcionar en determinados contextos dinero rápido o una forma de deshacerse de una propiedad ante un panorama complejo como, por ejemplo, el exilio. De igual modo, en el Antebellum la devaluación de las personas ancianas suponía una dificultad añadida en el momento de la venta (Doddingon, 2018, p. 294).

⁵² Tim Parkin plantea que este edicto buscaba controlar a los propietarios, no salvar a los esclavos (2003, p. 211).

⁵³ En contraposición a lo que ocurre con los varones de la élite que, ante los envites de la vejez, se dedican al ejercicio moderado, a practicar un régimen de comidas estricto o al estudio de la filosofía para mantener en la medida de lo posible sus capacidades (Harlow y Laurence, 2005, p. 122). Este escenario es deseable, aunque no siempre posible, incluso para los hombres con recursos (2005, p. 124).

hacen eco de otra práctica, quizá extrema: el asesinato⁵⁴, igualmente castigado según el edicto.

Los textos hacen mención a población esclava enferma, sin atención a una edad concreta, con lo cual de nuevo la dimensión cronológica se ignora. Sin embargo, habida cuenta de las enfermedades que llegaban con el envejecimiento, no parece excesivo pensar que esclavos y esclavas ancianas se habrían visto afectados por la práctica del «abandono», lo que les colocaba en una situación de desamparo. No obstante, no hemos formulado una pregunta obvia: ¿quién cuida a esas personas durante ese proceso? No encontraremos la respuesta en ningún literato, pero esto no significa que no intuamos la existencia de unas redes personales, sin las cuales esclavos y esclavas estarían condenados a muerte en menos de dos jornadas, pues tal y como sí describe la fuente literaria, con la vejez llegaba la necesidad de ayuda en el desplazamiento, asistencia para alimentarse o lavarse, etc. Thomas Wiedemann propone que el templo se encargaba de ofrecer todo aquello necesario a las personas que se dirigían a la divinidad (1996, p. 280). Aun así, en el caso que aquí se plantea, si la enfermedad deriva de la degeneración biológica asociada a la edad, parece poco probable que esas gentes esclavas disfrutasen de las atenciones del santuario *sine die*, puesto que, además, no tenían casa a la que regresar, a no ser que encontrasen remedio a sus males; sin embargo, sabemos que las dolencias de la vejez no tienen cura. De igual modo, el templo de Esculapio abría sus puertas a todo tipo de personas en la capital de un Imperio, lo cual también puede ofrecernos una idea del ingente número de «habitantes» de ese espacio religioso.

La norma claudiana parece recordar a la ciudadanía la obligatoriedad de la familia propietaria de hacerse cargo de esclavos y esclavas en momentos de enfermedad⁵⁵; aunque queda claro que los dejan allí porque ya no son útiles y se han convertido en una carga. Por lo tanto, si los cuidados debían realizarse en el ámbito de la *domus*, parece lógico pensar en una reorganización o readaptación de la misma. En cualquier caso, la práctica del abandono en el templo de Esculapio da validez y credibilidad a las menciones literarias que recomendaban vender a la población anciana y enferma, aunque eran conscientes de que no obtendrían una gran cantidad a cambio; menos lograrían abandonándolos a su suerte en el santuario. Este tipo de actuaciones que hoy tildaríamos de «poco humanas» se repiten en otros momentos históricos: por ejemplo, en el Antebellum

⁵⁴ A lo largo del siglo XIX se identifican otro tipo de actuaciones, además del asesinato, como la reducción del «rancho» (Boster, 2011). Rastrear algún tipo de racionamiento en los textos antiguos resulta una tarea compleja. En este sentido, el *De agri cultura* de Catón puede resultar de utilidad. El autor distingue la cantidad de alimento entre los que trabajan (*qui opus facient*) y los que ocupan puestos de responsabilidad; el vino se racionará para los esclavos encadenados en atención al trabajo que realicen (55-56). Como hipótesis, podría plantearse que, alejados de los puestos de responsabilidad y reubicados en tareas menos exigentes, esto podría pasar factura a la cantidad de comida y bebida que recibía la población anciana. Sobre este asunto, se ha propuesto que la cantidad de comida puede responder a criterios variados: desgaste fruto del trabajo físico, estatus, mayor número de responsabilidades, prestigio y privilegio, entre otros (Roth, 2002, pp. 210-211).

⁵⁵ Catón describe la elaboración de remedios para hacer frente a la enfermedad (*Agr.* 156.6) y Columela le adjudica a la *uilica* la asistencia a esclavas y esclavos enfermos (11.1).

algunas familias propietarias optaban por enviar a cabañas aisladas en zonas boscosas a población esclava anciana o con alguna discapacidad. Debido a su escasa autonomía, solo el auxilio de la comunidad les proporcionaba una vida relativamente digna (Doddington, 2018, p. 296).

De nuevo en la Antigüedad, cerramos este apartado con las epístolas de Plinio, cuyas palabras nos recuerdan a los propietarios que sí habrían atendido a su *familia* servil ante la enfermedad: «las enfermedades entre mis criados, y también la muerte, incluso de algunos jóvenes, me han afectado muchísimo» (8.16.1). La especificación a la edad parece indicar que ha sido testigo del fallecimiento de esclavos longevos, puesto que no pocos padecimientos llegan con la vejez. De hecho, Plinio describe a dos tipos de propietarios y, en consecuencia, dos formas de actuar ante la enfermedad y la muerte de sus esclavos: había quien solo lamentaba la pérdida de una mercancía⁵⁶, mientras que él consideraba humano verse afectado por el dolor y los sentimientos (*Ep.* 8.16); es decir, manifestaba la misma emocionalidad con la que se había despedido de su amigo Corelio Rufo, viejo y enfermo, de cuya muerte se compadece (*Ep.* 1.12.13). Bien es cierto que quizá Plinio, con sus emotivas palabras, solo tiene en mente a aquellos esclavos o esclavas que habitaban la *domus* con él, o que le frecuentaban; una vez más lo relacional marca una gran diferencia⁵⁷.

4. ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

La identidad esclava atiende a múltiples variantes, y una de ellas es la edad, que no solo dio lugar a mutaciones en los lazos con la familia propietaria, sino incluso entre sus iguales. Una población servil envejecida que también sucumbe a la imagen negativa asociada a la vejez, que en este caso se aplica a un grupo inferior, dependiente e instrumentalizado, y sobre el que se construyen a su vez estereotipos propios.

La literatura proporciona una mirada elitista y masculina y esto se traduce en ausencias. La dimensión cronológica es difícilmente accesible, con lo que proponemos que el envejecimiento se hacía patente cuando el esclavo o la esclava no respondía a las expectativas en términos de trabajo o de satisfacción de la persona propietaria. Así, la dimensión social de la edad en personas serviles se supedita a la utilidad para los propietarios, cuya ideología nos transmite la fuente escrita.

⁵⁶ En este sentido, podemos destacar el testimonio de Columela, que describe a propietarios obsesionados por comprar nueva población esclava, pero que no se interesan por cuidar o mantener a la que ya tienen (4.3.1).

⁵⁷ Podría ser otro ejemplo de la ambigüedad mostrada por el autor hacia grupos sociales inferiores, en este caso el esclavo, generando una diferencia en el trato al individuo, que no evita su instrumentalización cuando el autor se expresa, por ejemplo, en términos laborales (Gonzales, 2019, p. 305). Por esta razón, Plinio ha sido catalogado como un hombre de su tiempo, que asume cambios siempre y cuando no signifiquen un desequilibrio en una sociedad jerarquizada que, en primer lugar, distingue entre libres y esclavos (p. 324).

En el momento en que percibimos un rastro literario que nos permite intuir una edad, superada, por lo tanto, la imagen estática que a priori ofrecen los textos, debemos preguntarnos a qué responde que el autor haya decidido mencionar a un esclavo viejo o a una esclava anciana, lo que también contribuye a comprender el significado del envejecimiento en el contexto servil. El punto de partida, en cualquiera de los escenarios que podamos recrear, es siempre la vulnerabilidad y el desamparo. A pesar de lo cual, el tipo de esclavo, los recursos generados y «ahorrados», la relación con la familia propietaria, los lazos personales, su propio proceso de envejecimiento y cómo este afecta a las habilidades físicas y mentales, habrían marcado una gran diferencia en cada caso particular.

Por último, el estudio de la vejez implica automáticamente reflexionar sobre dependencia y cuidados. En este punto, y en el contexto esclavo, la escasa información quizá responda a que estos eran responsabilidad de los integrantes más jóvenes de los hogares, de las esclavas –independientemente de la edad– o de una red de amistades que poco o nada preocupan a los literatos. Sí informan los autores, desde la mirada de quien domina, sobre prácticas como el abandono o la venta de personas de avanzada edad o enfermas, actuaciones que nos permiten comprender un entramado social en donde la violencia estructural derivada de la mera existencia de la esclavitud reduce el bienestar de determinadas personas. Frente a ello, no olvidemos el humanitarismo de algunos propietarios que, sin desafiar a una sociedad jerarquizada, pudo dar consuelo a los viejos y viejas serviles.

TESTIMONIOS LITERARIOS

Catón, *De agri cultura*, edición bilingüe (trad., introducción y notas de Ana María PERALES ALCALÁ), Universidad de Granada, Instituto de Historia del Derecho, 1976.

Cicerón, *Cartas a los familiares* (cartas 1-173) (trad., introducción y notas de José A. BELTRÁN), Gredos, 2008.

Cicerón, *Sobre la vejez* (trad. Rosario DELICADO MÉNDEZ), Tal vez, 2005.

Columela, *Los doce libros de agricultura* (trad. y notas de Carlos J. CASTRO; notas prologadas de Emiliano M. AGUILERA), Iberia, 1959.

Digesto (trad. de Álvaro D'ORS, Francisco HERNÁNDEZ-TEJERO, Pablo FUENTESECA, Manuel GARCÍA-GARRIDO y Jesús BURILLO), Aranzadi, 1975.

Digesto, edición bilingüe (trad. de Ildefonso L. GARCÍA DEL CORRAL), Editorial Lex Nova, 2004.

Estacio, *Silvas* (trad. y notas de Francisco TORRENT RODRÍGUEZ; introducción general de Gabriel LAGUNA MARISCAL), Gredos, 2002.

Horacio, *Odas, Canto Secular y Epodos* (trad., introducción general y notas de José L. MORALEJO), Gredos, 2007.

Juvenal, *Sátiras* (trad., estudio introductorio y notas de Bartolomé SEGURA RAMOS), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1996.

Luciano, *Diálogos de los muertos* (ed. Chantal LÓPEZ y Omar CORTÉS), 2007. Disponible en http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/literatura/muertos/20.html

- Marcial, *Epigramas*, tomo II (trad. y notas de Antonio Ramírez de VERGER; introducción general de Juan FERNÁNDEZ VALVERDE), Gredos, 2001.
- Ovidio, *Amores. Arte de amar. Sobre la cosmética del rostro femenino* (trad., introducción y notas de Vicente CRISTÓBAL LÓPEZ), Gredos, 1989.
- Plinio el Viejo, *Storia naturale*, edición bilingüe (trad. y notas de Gian Baglio CONTE, Alessandro BARCHIESI y Giuliano RANUCCI), G. Einaudi Editore, 1982.
- Séneca, *Diálogos* (trad., introducción y notas de Juan MARINÉ ISIDRO), Gredos, 2008.
- Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, tomo I (trad., introducción y notas de Ismael ROCA MELIÁ), Gredos, 1986.
- Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, tomo II (trad., introducción y notas de Ismael ROCA MELIÁ), Gredos, 1989.
- Tácito, *Anales* (trad. y notas de José L. MORALEJO), Gredos, 1980.
- Varrón, *De las cosas del campo*, edición bilingüe (trad., introducción y notas de Domingo TIRADO BENEFI), Universidad Nacional Autónoma, 1945.

DICCIONARIOS

Oxford Latin Dictionary, Clarendon Press, 1968.

BIBLIOGRAFÍA

- Bond, S. E., Gellar-Goad, T. H. M. (2017). Foul and fair bodies, minds, and poetry in Roman satire. En Laes, C. (ed.). *Disability in Antiquity* (pp. 222-232). Routledge.
- Boster, D. H. (2011). "Useless": Disability, Slave Labor, and Contradiction on Antebellum Southern Plantations. *Review of Disability Studies: An International Journal*, 7(3 & 4). URI: <http://hdl.handle.net/10125/58499>
- Bradley, K. (1992). Wet-nursing at Rome: A Study in Social Relations. En B. Rawson (ed.), *The Family in Ancient Rome. New perspectives* (pp. 201-229). Routledge.
- Carroll, M. (2018). *Infancy and Earliest Childhood in the Roman World. A Fragment of Time*. Oxford University Press.
- Casamayor Mancisidor, S. (2016). Vejez y sexualidad femenina en la antigua Roma: un acercamiento desde la literatura. *Journal of Feminist, Gender and Women Studies*, 4(1), 1-9.
- (2017). La vejez femenina en perspectiva histórica: las *uetulae* de la antigua Roma. *Ámbitos. Revista de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades*, 38, 67-74.
- (2018). Vejez y dependencia en la Antigua Roma. En C. Rubiera Cancelas (ed.), *Las edades vulnerables: infancia y vejez en la Antigüedad* (pp. 275-297). Trea.
- (2019). *La vejez femenina en la antigua Roma: cuerpos, roles y sentimientos*. Trabe.
- (2020). Como un pollo de golondrina: vejez y masculinidad en la Antigua Roma. *Revista de História da Sociedade e da Cultura*, 20, 13-28.
- Cokayne, K. (2003). *Experiencing Old Age in Ancient Rome*. Routledge.
- Crespo Ortiz de Zarate, S. (2002). *Nutrices y servidumbre en la Hispania romana. Hispania Antiqua*, 26, 121-146.

- Doddington, D. (2018). «Old Fellows», Age, Identity, and Solidarity in Slave Communities of the Antebellum South. *Journal of Global Slavery*, 3, 286-232.
- Falkner, T. y de Luce, J. (1989). *Old Age in Greek and Latin Literature*. State University of New York Press.
- Finley, M. (1981). Elderly in Classical Antiquity. *Greece & Rome*, 28(2), 156-171.
- García-Ventura, A. (2018). Envejecer en la antigua Mesopotamia: esperanza de vida, longevidad y gestión de la dependencia en las fuentes escritas. En C. Rubiera Cancelas (ed.), *Las edades vulnerables: infancia y vejez en la Antigüedad* (pp. 211-230). Trea.
- Gonzales, A. (2019). Pline le Jeune sociologue des pratiques esclavagistes de son temps? En A. Alvar Nuño (ed.), *Historiografía de la esclavitud. Anejo de la Revista de Historiografía*, 10, 301-324.
- Harlow, M. y Laurence, R. (2005[2002]). *Growing up and Growing old in Ancient Rome. A Life Course Approach*. Routledge.
- Harper, K. (2011). *Slavery in the Later Roman World AD 275-425*. Cambridge University Press.
- Harris, R. (2000). *Gender and Aging in Mesopotamia: The Gilgamesh Epic and Other Ancient Literature*. Norman.
- Hawes, J. M. y N. Ray Hiner, N. R. (1991) (eds). *Children in Historical and Comparative Perspective: An International Handbook and Research Guide*. Greenwood Press.
- Joshel, S. R. (1986). Nurturing the Master's Child: Slavery and the Roman Child-Nurse'. *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 12, 3-22.
- Krötzl, C. y Mustakallio, K. (2011). *Old Age. Approaching Death in Antiquity and the Middle Ages. The History of a Daily Life*. Brepols.
- Laes, C. (2005). Childbeating in Antiquity: some Reconsiderations. En K. Mustakallio, J. Hanska, H. L. Sainio y V. Vuolanto (eds.), *Hoping for Continuity. Childhood, Education and Death in Antiquity and the Middle Ages* (pp. 75-89). Acta Instituti Romani Finlandiae.
- (2010). *Delicia-Children Revisited: Statius' Silvae*. V. Dasen y T. Späth (eds.), *Children, Memory & Family Identity in Roman Culture* (pp. 245-272). Oxford University Press.
- (2011). *Children in the Roman Empire. Outsiders Within*. Cambridge University Press.
- (2017). Introduction: disabilities in the ancient world –past, present and future. C. Laes (ed.), *Disability in Antiquity* (pp. 1-22). Routledge.
- Laslett, P. (2001). Vejez. *Historia Contemporánea*, 23, 681-712.
- Laurence, R. y Harlow, M. (2015). *Age, Agency and Disability: Suetonius and the Emperors of the First Century C.E.* En C. Krötzl, K. Mustakallio y J. Kuuliala (eds.), *Infirmity in Antiquity and the Middle Ages: Social and Cultural Approaches to Health, Weakness and Care* (pp. 15-28). Ashgate Publishing.
- Llewelyn, S. R. (1998). *A Review of the Greek Inscriptions and Papyri Published 1984-1985* (New Documents Illustrating Early Christianity). William B. Eerdmans Publishing Company.
- Masciadri, M. A. y Montevecchi, O. (1984). *I contratti di baliatico*, Corpora papyrorum.
- Minois, G. (1987). *Historia de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento*. Nerea.
- Muñoz González, D. (2018). Masculinidad hegemónica y alteridad: los «viejos» en la *Iliada*. En C. Rubiera Cancelas (ed.), *Las edades vulnerables: infancia y vejez en la Antigüedad* (pp. 231-246). Trea.

- Mustakallio, K. (2011). Representing Older Women: Hersilia, Veturia, Virgo Vestalis Maxima. En C. Krötzl y K. Mustakallio (eds.), *On Old Age: Approaching Death in Antiquity and the Middle Ages* (pp. 41-56). Turnhout.
- Parkin, T. (1998). Aging in Antiquity. Status and Participation. En P. Johnson y P. Thane (eds.), *Old Age from Antiquity to Post-modernity* (pp. 19-42). Routledge.
- Parkin, T. (2003). *Old Age in the Roman World*. Johns Hopkins University Press.
- Pelling, M. y Smith, R. (1991) *Life, Death and the Elderly*. Routledge.
- Richardson, B. E. (1933). *Old Age among the Ancient Greeks*. Oxford University Press.
- Roth, U. (2002). Food Rations in Cato's *de agricultura* and Female Slave. *Ostraka: rivista di antichità*, 11(1), 195-213.
- Roth, U. (2021). Speaking out? Child Sexual Abuse and the Enslaved Voice in the *Cena Trimalchionis*. En D. Kamen y C. W. Marshall (eds.), *Slavery and Sexuality in Classical Antiquity* (pp. 211-238). University of Wisconsin Press.
- Rubiera Cancelas, C. y González Estrada, L. (2022). Niños y niñas serviles en la sociedad romana: interseccionalidad, violencia y vulnerabilidad. *Latomus: revue d'études latines*, 81(1), 188-212.
- Thane, P. (2003). Social Histories of Old Age and Aging. *Journal of Social History*, 37(1), 93-111.
- Torrego, E. (2014). La vejez en Roma: el reflejo y la vivencia. En R. Hernández Crespo y A. Domínguez Monedero (eds.), *Las edades del hombre. Las etapas de la vida entre griegos y romanos* (pp. 209-229). Sociedad Española de Estudios Clásicos.
- Wiedemann, T. (1996), *Servi senes*. The Role of Old Slaves at Rome. *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, 8, 275-293.
- Williamson, Savannah L. (2015). The Maintenance of Aged Property: Healthcare and Medicine of Elderly Slaves in the Antebellum Period. *Ageless Arts: The Journal of the Southern Association for the History of Medicine and Science*, 1, 58-76.

WEBGRAFÍA

- Ageing Europe – looking at the lives of older people in the EU* (2019). Disponible en <https://ec.europa.eu/eurostat/web/products-statistical-books/-/ks-02-20-655> [Consultado el 4 de julio de 2022].